

EL FIGARO

Periódico Literario y Artístico



POR UNA VIOLETA

Para mi amable amiguita Srita. María Baeza

*Niña, niña: tu violeta,
Otra niña me quitó...
¡Cuánta ilusión no perdió
Como esa flor, el poeta!*

*“Está en mi seno mejor
Que en el tuyo,” me dijeron;
Y al punto la desprendieron,
Sin escuchar mi clamor.*

*¿No se ve la solitaria
Ruina, risueña mostrarse
Cuando puede engalanarse
Con la humilde parietaria?*

*Hasta la piedra sombría
Se decora de una flor;
¿No la tendrá en su dolor
Solitaria el alma mía?*

*¿Siempre habrá mano importuna
Que á mí, por mi mal, se tienda,
Y que por burla desprenda
La flor que á mi pecho una?*

*Violetas, mirtos y rosas
No son flores para mí;
Cuántas tuve las perdí
Por matizadas y hermosas.*

*Si quieres darme una flor,
Niña, que no codiciada
Sea, y que muera olvidada,
Y que me siente mejor,*

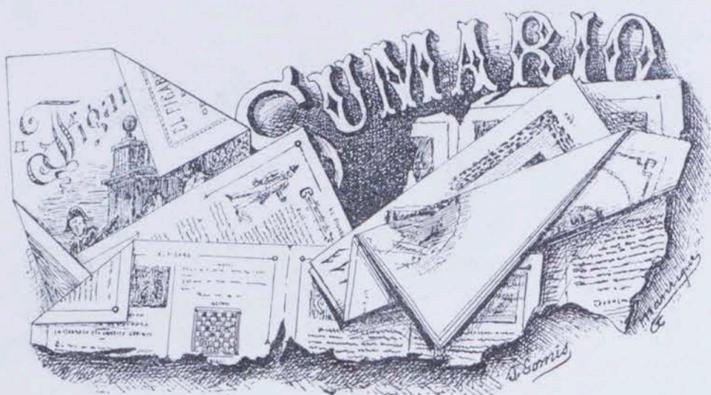
*Busca una adelfa, y verás
Cómo perdura en mi seno:
Su cáliz guarda un veneno;
Una adelfa me darás!*



Enero, 95.

ESTÉBAN BORRERO ECHEVARRÍA.

22



Texto: Por una violeta, poesía, por Estéban Borrero Echevarría.—Dreyfus, por Enrique José Varona.—Mis sueños, poesía, por Nieves Xenes.—En la hamaca, por Diego V. Tejera.—Las desdichadas: Solterona [traducido de Cernelius Price], por Aurelia Castillo de Gonzalez.—¡No lo dudeis!, poesía, por A. Saenz de Urraca.—Doctor M. Maza y Ruiz.—Nota bibliográfica, por M. de la Cruz.—En la hamaca, poesía, por Diego V. Tejera.—CUENTOS PARA EL FIGARO, traducidos por el Conde Kostia: La Hamaca, por André Theuriot.—El primer chispazo, por Juan José Cañarte.—ALBUM FEMENINO: Srta. Mercedes Fernández Blanco, por Mercedes Matamoros.—CRÓNICA, por Mestisóteles.—Puntillas, por M. Remo.—ALBUM INFANTIL: Margot Núñez Sparolini, poesía, por Fernán Sánchez.—Chácharas, por M. E. Pardo.—El regalo de EL FIGARO.—RETAZOS.—ANUNCIOS.

NOVELA DE EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Víctor Cherbulez, traducida por Enrique José Varona.

Grabados: Dr. M. Maza y Ruiz.—El poeta de la hamaca.—Srta. Mercedes Fernández Blanco.—Rafael Padro.—Margot Núñez Sparolini, por Taveira.

PORTADA, por Amato.—Dibujos y viñetas, por Henares, Cilla, Del Barrio, Held, Domingo, Taveira, Spencer y Manrique.

Dreyfus

VIVIMOS ahora tan de prisa y solicitan á la vez nuestra curiosidad tantos sucesos, grandes y pequeños, fútiles é importantes, que se necesita una sacudida muy intensa para detener algunos momentos nuestra atención. Antes, en la penumbra de la vida monótona, bastaba un rayo de luz para atraer los ojos. Hoy, en el pleno fulgor de la publicidad moderna, se requiere poco ménos que la descarga eléctrica, para hacernos volver la cabeza.

Dos lastimosas tragedias han tenido por escenario á Francia, en estos últimos tiempos. Ultimos, si es que ya seis meses no son algo remotos. La una puso espanto en los corazones y despertó en muchos indignación, conmiseración en todos. La otra, aún más triste, ha pasado poco notada para la generalidad de las gentes.

Caía Carnot en Lyon, perforado el vientre por el puñal de un fanático furioso; y la sociedad francesa y la sociedad universal de los hombres civilizados sintieron la herida. La demencia visible del pigmeo que se lanzaba de frente contra el orden social, con el ímpetu ciego de la fiera hipnotizada, no bastó para servirle de escudo; y el Briareo que se llama el Estado lo pulverizó entre los dedos. Ese fué el epílogo poco interesante de una catástrofe estruendosa.

No ha muchos días colocaban en París ante cinco mil soldados y concurso innumerable de pueblo á un hombre joven, pero encanecido, de ojos profundos, que brillaban con fuego extraño. Vestía el uniforme y las insignias militares. Llevaba ceñida la espada. Las vestía y la ceñía por última vez. Siete hombres, reunidos en secreto, lo habían declarado indigno de llevarlas; y sin necesidad del hierro candente de las edades bárbaras, habían marcado su frente con el estigma indeleble de trai-

dor. Otro hombre se acercó al reo y con lentitud tremenda fué arrancándole una á una sus insignias, uno á uno los botones blasonados de su traje, y le descinó por último la espada, que hizo brillar siniestramente desnuda, para romperla luego con horror. Pero no era ese el espectáculo más extraño. El hombre encanecido se erguía más á cada ademán del victimario, y con voz entera y vibrante los acompañaba con un solo grito: "¡Viva Francia!" Cuando su espada cayó al polvo hecha pedazos, sobre los ahullidos de la multitud furiosa, sobre el ronco y siniestro redoble de los tambores, resonó aún su acento profundo, que exclamaba: "Soy inocente."

Esa exhibición siniestra deja la impresión de los cuadros más lúgubres de la historia. Hay algo espantoso en la visión de ese hombre á quien se deja intacto el cuerpo, y se le tortura el espíritu. Nadie le toca las carnes, pero le arrancan á girones el honor. El sayón no lo azota, pero las palabras infamantes lo hieren como puñales envenenados en su nombre, en su reputación, en sus afectos. El verdugo no se le monta á horcajadas en los hombros, no le talonea los costados; pero un hombre, en nombre de un pueblo, le pisotea su dignidad. ¿Y la turba ciega pedía frenética su sangre, cuando ese hombre va á vivir atormentado por las furias de esos recuerdos de ignominia! El Orestes moderno no es ménos trágico que el antiguo. No; es mucho más trágico. Porque este hombre, ayer ciudadano respetable, servidor devoto de su patria, hoy degradado, aherrojado, excomulgado, lapidado, no se ha sometido, no ha abrazado el ara de ningún dios como suplicante; sino que ha permanecido erecto baja el peso abrumador de la acusación, de la sentencia y del desprecio público, y ha protestado su inocencia.

Sus jueces lo han declarado culpable por unanimidad. Su defensor, no ménos íntegro, no menos francés que los jueces, ha continuado sosteniendo, después del veredicto, que es inocente. No se puede pensar, sin frio en el alma, en la falibilidad del juicio humano, en las dificultades á veces insuperables de la prueba judicial, en las seducciones ocultas del sentimiento exacerbado por el espíritu de clase, por los prejuicios del patriotismo, por el temor de ser ó parecer débil; y resulta clara y se muestra exigente la convicción de que la sociedad no debe rodearse nunca de misterio para juzgar á uno de sus miembros. Cuando la colectividad entra en litigio con el individuo, por lo mismo que ella es omnipotente y él impotente, le debe, al ménos, partir el sol por igual, y acusarlo y oír sus descargos á la plena luz del día.

Si Dreyfus es criminal, su crimen es horrendo. Pero la grandeza misma de la patria ultrajada, vendida por el hijo indigno, exigía que no pudiese flotar la sombra de una duda sobre la majestad de su justicia. Se discurre con horror sobre las consecuencias de la traición, sobre los males sin cuento que la venalidad ó la debilidad ó la pasión de un hombre puede desatar sobre millones de seres humanos, unidos á él por los vínculos de la sangre y de las leyes. Pero, nadie sabe á ciencia cierta de qué se le acusa, cómo se le ha probado el crimen, cómo se ha defendido, qué le han imputado, qué ha alegado. Y al pasar de nuevo por los ojos las imágenes vagas de su horrible suplicio, del hombre encanecido mirando con ojos cavernosos la consumación pública de su ignominia, sin encorbarse, sin doblarse, apelando á una verdad oculta que parecía ver con firmeza en lo profundo de su conciencia, no es posible que deje de acudir al espíritu sobrecogido esta pregunta temerosa: ¿Y si es inocente?

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

MIS * SUEÑOS

A FRANCISCO G. GARÓFALO Y MORALES

Mis sueños son un mundo donde nunca
Exhala sus gemidos el dolor,
Ni la maldad derrama su veneno
Ni el odio deja oír su áspera voz.

Donde hace alborozada la alegría
Sus risas y sus cantos resonar,
Y el amor como un astro deslumbrante
Difunde su celeste claridad.

Allí no van sombrías las tristezas
Con saña cruel mi corazón á herir;

La lucha y las miserias de este mundo
Mi espíritu rendido, olvida allí.

Palpitante y ansiosa, al sentimiento
Allí vuelve mi alma á despertar,
Y se embriaga de goces inefables
Que en la tierra buscó con vano afán.

Allí vuelvo á encontrar las dulces horas
En que besó mi frente la ilusión,
Y tan cerca de mí pasó la dicha
Que casi con sus alas me tocó.

Si á veces me veis sola, absorta y muda,
No me compadezcáis al verme así,
Es que estoy en el mundo de mis sueños
Y allí con mis quimeras soy feliz!

Enero 20 de 1895

NIEVES XENES.



Capricho

LLUVIA PRIMAVERAL

A SALVADOR RUEDA

PARA EL FIGARO



LUEVE...

Una lluvia menuda, helada, azota suavemente los cristales del balcón; menuda lluvia, como surtida de una regadera, que cae produciendo un ruido adormecedor sobre las verdes hojas y que deja, dentro del estuche que forman las flores, sartas de perlas cristalinas.

Estoy en mi gabinete cuya única ventana cae al campo.

Leo, leo y la ventana permanece cerrada y á través del cristal limpio y la leve cortini-

lla de lino se cuela un alegre y débil rayo de sol.

—Llueve? Y en plena primavera?

¡Oh! Estas lluvias son en extremo agradables. El campo, la mullida grama, las flores, los horizontes espaciosos, todo se dará un ligero baño de ducha y aparecerá en breve, radiante, esplendoroso.

Leo el último *romans* de Rider Haggard que me enviara en días pasados el editor Appleton de Nueva York.

¡Precioso libro!—Voy á daros, señores míos, mi opinión.

Es...

Pero ¡Imposible continuar!—¡Al trabajo holgazán!,—como que dice cerca de mí alguien, quizá mi musa que es tan celosa, tan amante del trabajo!—Allí está la mesa, los *blocs* de cuartillas blancas, la pluma, húmeda aún en tinta.

Trabajemos.

Qué? Tomo la pluma y mientras emborrono las primeras líneas á propósito del "reclame," cesa la lluvia. Escampa. De nuevo es imposible continuar. Como que las ideas están bien arrebujadas en los últimos pliegues del cerebro y no quieren salir. Mientras llueve, cuando uno está por fuerza trabajando, cuando como que alguien nos obliga terminantemente, todo sa-

le bien. Hoy pensaba enviar al diario mi artículo. Ha quedado á medio vestir. Pobrecillo! Aun no se ha encasquetado la americana, ni calzado los guantes, ni prendido al ojal de la solapa el ramito de púdicas violetas azules, tres cosas indispensables en todo presuntuoso y fátuo, como son estos hijos de mi número. ¡Quede para otro día!

Oigo en el jardín cantos de pájaros. Por las rendijas de las maderas penetran halitos fuertes de tierra remojada.

Abro.

¡Qué hermosura! ¡Sí, señor, muy hermoso!

¡Ha visto Vd. un paisaje de Corot, un delicioso rinconcito de campo después de una presta lluvia de primavera?—Sí?—Pues... Este es un paisaje de Corot; como arrancado de un su cuadro.

Tras el chubasco rápido el cielo ha quedado limpio, azul, azul. Los follajes, empapados de agua, goteantes, tienen brillo seductor de cristal bajo los últimos rayos del sol. En un rincón del jardín, una rosa esponja sus pétalos coquetamente mientras recibe con una sonrisilla maliciosa los dicharachos que le lanza á boca de jarro un señor gorrión que por allí pasa y que va en busca de su nido como un buen señor que teme llegar tarde á casa y hallar fría la comida.

Es el crepúsculo. Vá atenuándose, poniéndose débil, poco á poco la luz del sol. Huye presta... más... más... ya. El sol se ha ocultado por completo y queda todo el campo sumido en una oscuridad cebreada por las postreras luces crepusculares. Yo no soy pintor, ni siquiera dibujante rampión. Pero si soy un pobre fantaseador que no hace versos, un soñador; y dejo mi estudio y me lanzo al campo á recibir en el rostro, de muy cerca, las oleadas de este airecillo húmedo y perfumado, á corretear bajo los arboles goteantes aún y poblados de nidos que albergan la preciosa nidada.

San Salvador,—95.

ARTURO A. AMBROGI.

En la primera hoja de un álbum

(VERSOS INÉDITOS)

*Quereis que mi poesia
abra este libro, y no traia
de oponerme á tal porfia;
para mi, señora mi,
vuestro gusto es un mandato.*

*Mas perdón no solicito
si os desagrada mi escrito,
pues quien por capricho ordena
la comisión de un delito,
es bien que sufra la pena.*

*Mancho por vos la blancura
de estas hojas, donde tantos,
al honrar vuestra hermosura,
conseguirán con los caritos
alzarse á mayor altura.*

*Será mi trova la fuente
que manando pobremente
del peñón, gota por gota,
vá desde el risco en que brota
dilatando su corriente.*

*Mucho en su curso confío,
que cuando vava creciendo
con otros cantos el mío,
se irá con lirico estruendo
cambiando el arrollo en río.*

*E cuando el claro raudal
que el ancho cruce recoja,
se pierda en himno triunfal,
arrancad la primer hoja
y olvidad el manantial.*



G. NUÑEZ DE ARCE.

inalterable paciencia; marchita por el amor y las desilusiones, á guisa de abandonada La Vallière. Las contadas veces que andaba por las calles, para llevar costuras á los parroquianos, iba como en sueños, con los ojos bajos y ágil cual una jovencuela.

Y cuando sus amigas y sus enemigos envejecieron como ella, y crecidos ya los hijos, les llegó á éstos su turno en el amor, no hubo quien volviera á ocuparse de Rosa. Hasta ella misma parecía satisfecha de su suerte, y volviendo á sus conversaciones nocturnas con las vecinas, de puerta á puerta, guardaba para la soledad los angustiosos ensueños. Y ya de cuarenta años, cuando supo que Jaime, cargado con una considerable familia, se había establecido en la zapatería de su antiguo patrón, muerto hacía algunos meses, quedóse un momento suspensa y con la mirada distraída, como si se tratase de un desconocido. Y mucho tiempo después, habiéndole encontrado en su camino, algo lejos del pueblo, fingió, al verle tan cortado, que no le conocía.

—¿Señorita Rosa?...

—¿Señor Jaime?...

El antiguo amante se había acordado entonces de ella é iba á saludarla para hacer las paces, ya que eran vecinos.

Nunca le he guardado rencor,—contestó Rosa.

Y como él le diese por excusa de no haber ido á verla que su mujer, quien sin duda había barruntado algo de los antiguos amorcillos, le había prohibido toda visita, dijo ella con gran dulzura en la voz:

—¿Y porqué? ¡Estoy ya tan vieja!...

Y esto fué todo. El silencio que la rodeaba era más profundo cada día; pero el dolor se deslizó una vez más en su casa. La madre se constipó lavando en el río, una mañana glacial de Enero, y tomó cama. Una congestión pulmonar se la llevó en algunas semanas, y su cuartito quedó abandonado.

Como ya no tenía necesidad de mucho para vivir, vendió Rosa la casita, reservándose el usufructo de su cuarto. Compró un nicho en el cementerio, con tres huecos, donde fueron á esperarla su padre y su madre, y vivió tranquilamente en lo adelante, sin afanarse demasiado. Un día permanecieron cerradas las ventanas. Rosa había muerto, como había vivido, silenciosamente, sin la enfermedad lenta que hace acudir á las vecinas, ávidas de verlo y de registrarle todo, so pretexto de ayudar en la asistencia del que se está muriendo.

Abierto el testamento, se supo que todo, la máquina, los muebles y algunos billetes que Rosa había confiado al notario, pertenecían á los pobres de la municipalidad.

El cuarto de Rosa lo tomaron entonces unas modistas que día y noche lo llenaban con sus cantos, con sus voces y con el runrún de las máquinas, dejando que el sol entrase libremente. En la mesa, donde ponían sus chismes de costura, se veía aún, olvidado á causa de su ningún valor, el florero de sportillado,—con otros lirios y otras violetas.

H. BARRA, Enero 1895.

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

NO DUDEIS!

La duda en religión, es ateísmo;
En el dolor, es germen de esperanza;
Mas la duda en amor, es un abismo
Cuyo fondo jamás el hombre alcanza!

ARÍSTIDES SAENZ DE URRACA.

Nota bibliográfica

LA CALUMNIA.—Poema en tres cantos, por *Alejandro B. Méndez*, (impreso de 39 págs.) 1894.—Mollendo (Perú).

El poeta español contemporáneo que menos discípulos é imitadores ha tenido en la América neo-latina es el cantor de *El Vértigo* y de *Kaimundo Lulio*. La musa melancólica, atormentada y semi-histórica de Gustavo Adolfo Becquer, sugestionó á un enjambre de ingenios que plagaron periódicos y revistas de rimas y afligieron á aquella humanidad con sus fingidos lloriqueos y sus nostalgias de misántropos ridículos. No conocemos en aquellas latitudes talento poético que haya caído en el extravío de imitar la prosa rimada de Campoamor, ni quien haya intentado seguir las huellas del estro artificioso, declamatorio y vociferante de Echegaray, creador de un nuevo género de efectismo.

Acaso estaremos en lo cierto pensando que la poesía de Núñez de Arce no la tenido tantos devotos y secuaces porque el tomarla por norte y guía y el esfuerzo para imitarla exigían un estudio de la lengua, un ejercicio tan laborioso del léxico seleccionado del lenguaje verdaderamente poético, que la mayoría, si tuvo la feliz idea de intentarlo, bien pronto desistió del elevado propósito por apatía, por falta de energía para luchar con los obstáculos y vencerlos y dominarlos hasta transformarlos en materia artística.

En el poema *La Calumnia*, que es la flor primera de la inspiración lozana y robusta del Sr. Méndez, se ve que el poeta está familiarizado con los versos esculturales de *La última lamentación de Lord Byron* y de *Un idilio y una elegía*, de *La pesca* y de *La selva oscura*. El señor Méndez es un discípulo de Núñez de Arce, discípulo que á ocasiones se acuerda demasiado de la estructura de ciertas imágenes del maestro, y que á veces, muy pocas afortunadamente, le es infiel imitando las frases sentenciosas ó alambicadas que tanto prodiga Campoamor en sus *doloras* y *pequeños poemas*. Mas que el tema mismo, el escenario del drama y algunos de sus personajes—una aldea que mira al mar, una muchacha porteña, dos marinos—contribuyen á dar más fuerza y unidad á la semejanza, y en esto precisamente está la causa de nuestra vacilación para formarnos un juicio que no rave en la severidad ni caiga en la indulgencia. Siempre hemos creído que si Natura hubiese dotado á Núñez de Arce—como último presente de la última hada: la penúltima, hija de Mefistófeles, lo esbozó orador y le dió la credencial de Ministro de las Colonias;—de la misma inventiva de que dotara á Campoamor, sin reservas de ningún género podría llamarse gran poeta al que escribió los *Gritos del combate*. Pero la pobreza de su fantasía, que puede verificarse con el es-



DR. MANUEL MAZA Y RUIZ

Ocupa hoy un lugar de nuestra galería el retrato de un inteligente joven, á quien el porvenir reserva, sin duda, días halagüeños y en quien tienen nuestras letras un afanoso investigador.

Catedrático de nuestro Instituto, doctor de la facultad de Filosofía y letras, su nombre es ya respetado. En la vida social, su corrección, sus altas prendas de carácter y afabilidad le han conquistado grandes simpatías.

EL FIGARO se complace en presentar en sus páginas al doctor Maza, rindiéndole testimonio de la estimación que sus nobles méritos nos inspiran.

tudio de sus poemas, cohibe al más enamorado de la morbidez y sonoridad de sus rítmicas estrofas para discernirle el mismo título que á otros, con menos merecimientos, se ha otorgado por benevolencia patriótica ó por desprecupación literaria. Reducido el campo de explotación de aquella facultad por lo paupérrimo de ésta, ha incurrido en el defecto que llegó á ser un procedimiento de Petrarca: la tantología de un corto catálogo de imágenes, según la demostración que con símiles un tanto burlescos concibiera el erudito y juicioso lord Macaulay. La mina de oro providencial de Núñez de Arce ha sido el mar. Compárese todo lo que el mar ha sugerido al poeta castellano con el libro extraño, opulento, y por lo mismo portentoso, que la contemplación del mar sugiriera á Juan Richépin, y se verá mejor la inferioridad y raquitismo de su fantasía. Así, pues, siendo *La Calumnia* la primera concepción del Sr. Méndez, y habiendo escogido para su cuadro el mismo marco habitual que pone á los suyos el poeta famoso que hemos reputado su guía y maestro, no sabemos qué opinar acerca de la fuerza de su fantasía, que es el segundo elemento para juzgar del vigor intelectual de un poeta, concediendo los privilegios de la primacía á su sensibilidad.

La sobriedad de la pintura, que es adorno del interesante drama, no puede considerarse sino como prueba de buen gusto ó de noble precepto de composición, lo que no es frecuente en los que exponen la primera cosecha de su ingenio. Por otra parte, las ideas que concibe el Sr. Méndez en presencia del mar son tan naturales, sencillas y poéticas, vienen tan de molde en la sucesión general del pensamiento ó de la descripción, que acaso lo que más le daña es el haber pintado la poesía de la costa después de Núñez de Arce.

Pocos, muy pocos habrán venido al mundo del arte tan bien preparados como el Sr. Méndez: domina la lengua con soltura y maestría: encamina el verso por el derrotero que se ha trazado de antemano y no deja que la música de las palabras lo avasalle, aletargue y lo haga componer esos monólogos de sonámbulos en que incurren de ordinario los versificadores; es un artista de verdadera sensibilidad, íntima y sincera, que sabe comunicar sus emociones, comunmente en la forma más pura, con el tono más suave y la vibración más delicada. En época como la nuestra, en que la poesía parece retirarse amilanada ante el predominio de la prosa brillante y correcta, en que el párrafo osa rivalizar con la estrofa en contornos y en cadencias, es signo de juiciosa preferencia á la vez que inconsciente panegirico de las propias facultades, haber escogido por maestro al poeta ilustre que ha logrado producir e acciones que por su nervio y su forma clásica parece el continuador y heredero del cantor de las *Ruinas de Itálica*.

MANUEL DE LA CRUZ

Dr. Vidal Morales y Morales



dicha tenemos el hablar, siquiera sea por breves momentos, del escritor cuyo nombre encabeza estas líneas; del hombre probo y sin mancha, que recuerda al *Integer vitae scelerisque purus* del vate Venusino.

Nació nuestro erudito compatriota en la Habana, el año de 1848. Después de haber cursado con brillante éxito el programa oficial de la primera y segunda enseñanza, ingresó en nuestra Universidad, donde obtuvo los grados de bachiller en Filosofía y en Derecho patrio. La investidura de Doctor en esta última facultad, coronó los estudios de su carrera en 1871. Entonces fué cuando conoció y trató con intimidad á D. Anselmo Suárez y Romero, quien le inspiró verdadero amor por la historia y literatura cubanas, lo que sirvió de estímulo al discípulo para que se aficionara á la literatura en general.

Estrenó Morales su pluma en *La Tertulia*, periódico que equivalía en 1873 á lo que hoy son *EL FIGARO* y *La Habana Elegante*, con un artículo que llevaba por membrete *Páginas olvidadas de Espronceda*. En él ya se presentía al futuro bibliógrafo.

En 1874 publicó en *El Faro Cubano*, cuyo director era Pérez de Molina, un *Estudio sobre el estado del Derecho internacional*;— y otro acerca del *Pago de un mandato*, que tenía al pié una firma finjida.



DR. VIDAL MORALES Y MORALES

(Fotografía tomada expresamente para *EL FIGARO* por los señores Otero y Colominas.)

Cupo á nuestro amigo la honra de ser el primero y más asiduo colaborador de la *Revista de Cuba*, fundada por el doctor Cortina; pues además de ser suyo el artículo que encabeza aquella publicación, ninguno de los 16 tomos que la integraron, carece de alguna de sus lucubraciones, ya original, ya traducida, ó bien entresacada de su selecta compilación de papeles relativos á Cuba. Así lo dice un verídico escritor, don Ricardo del Monte, en la historia que trazó de la mencionada *Revista*.

Preocupado siempre Morales de los deberes de su profesión, y no dedicando al cultivo de las letras sino los ocios que aquellos le permitían, desempeñó durante un trienio los cargos de Secretario y Contador del Colegio de Abogados de esta capital. Idéntica conducta ha observado después, al servir los empleos de Fiscal y de Juez de primera instancia.

Interesante por todo extremo fué el estudio que dió á luz en *El Triunfo*, tocante á *Los diferentes periodos constitucionales de la Gran Antilla*.

Imprimió después en orden sucesivo las biografías de don José Domingo Guerrero, don José María de la Torre, don Anselmo Suárez, don Antonio Lopez Prieto, don Rafael María de Mendive, don Antonio Bachiller, y don José Silverio Jorrín.

La Vida del Conde de Pozos Dulces, que apareció en *El País* el 26 de Octubre de 1887, fué el primer homenaje de gratitud

rendido á la memoria de aquel insigne polígrafo. Por esto manifestó el Director del aludido periódico con sobra de fundamento, que había sido oportunísimo el trabajo de nuestro paisano, y con él añadía á sus dotes de historiógrafo, la de entusiasta panegirista de nuestras glorias.

Pero la obra fundamental de Morales, la que ha de poner definitivo sello á su bien adquirida reputación, es la que tiene ya casi concluida en manuscrito, con el título *Domingo del Monte y su tiempo*. El contenido de este volumen, fruto de largas y escrupulosas pesquisas, como que se apoya en preciosos materiales de primera mano, presentará un completo cuadro de la época quizás la más interesante y notable de nuestra historia literaria.

Muchas páginas se necesitarían para enumerar las obras en que el Dr. Morales ha sido co-artífice, ora ostensible, ora tácito. Mencionaremos algunas, sin embargo, para que al par de su extraordinaria modestia, se avalore su desinteresada aspiración ideal, que ha consistido y consiste en contribuir por todos los medios á su alcance, al mayor bien de Cuba.

Proporcionó multitud de datos auténticos al Dr. D. José Ignacio Rodríguez, para los dos libros que escribió sobre el Presbitero Varela y D. José de la Luz Caballero. Prestó igual servicio á D. Francisco Calcagno, para su "Diccionario Biográfico Cubano".

A su eficacia é incansable celo debemos, la publicación de la novela *Francisco* y otras producciones inéditas de Suárez Romero;—lo mismo que la Colección *póstuma* de los numerosos papeles escritos por D. José Antonio Saco:—los tomos 5º y 6º de la Historia de la Esclavitud por este célebre bayamés; y en fin, las Obras completas de D. Francisco Arango y Parreño, que coleccionó, y cuya impresión logró que costearan sus amigos D. Fernando Illas y el Marqués Duquesne.

A fuerza de inteligente perseverancia, Morales ha conseguido formar una Biblioteca riquísima, en cuanto se relaciona con esta Isla y con toda América. En el uso de ella ha mostrado tal liberalidad, que bien pudo inscribir en su ingreso, lo que grabó en el de la suya el dramático francés Scribe: *Mihi et amicis*.

Cuanto acabamos de exponer respecto á las aficiones y fructuosas tareas del Dr. Morales, ha tenido por lógica consecuencia que sea en la actualidad el más experto de nuestros bibliógrafos; el más acaudalado en noticias de obras raras y ediciones peregrinas, antiguas ó modernas, y con particularidad en las que se refieren al maravilloso siglo de los descubrimientos marítimos de los iberos.

Por su franco y benévolo carácter, reflejado en la adjunta semblanza: como por la límpida sencillez de su estilo y sólidos materiales que ha sabido extraer de nuestro pasado y distribuir con mano pródiga, el doctor Morales ha suministrado los elementos necesarios para que pueda escribirse *in extenso* la Historia del movimiento intelectual en Cuba, y ha conquistado dignísimo puesto entre los que merecen bien de su patria.

Estas apreciaciones, cuyo único mérito se reduce á no ser vanos ó mentidos elogios, sintetizan las emitidas en diferentes ocasiones y fechas por nuestros más renombrados literatos.

La felicidad

No, querida, no es verdad
que sea un mito que subsiste:
yo te aseguro que existe
la ansiada felicidad.

Existe y yo la he gozado
y la gozo como ves;
solamente, que no es
lo que tu te has figurado.

No es el satisfecho amor,
ni la excesiva quietud,
ni la completa salud,
ni el demasiado dolor,
ni el gozo en que nos inflama
el anhelo conseguido;
es todo eso, reunido
en mundanal amalgama.

Es, solamente, vivir
para amar y aborrecer,
para dudar y creer
para gozar y sufrir.

Lo amargo y dulce, en la vida
juntó Dios, en su bondad,
y esa es la felicidad
tan decantada, querida.

Si Dios suprime la lidia
entre la lealtad y el dolo,
y nos dá lo dulce sólo. . . .

Habana, 95.

¡te digo que nos fastidia!
La felicidad se obtiene;
pero es un error creer
que consiste en poseer
aquello que no se tiene;
que del ansia en el escaño,
se acrece lo apetecido,
y cuando se ha conseguido,
sólo queda el desengaño.

Cansa el placer, la bondad,
y la dicha apetecida,
y todo cansa en la vida. . . .
hasta la felicidad.

Si no hay dicha en padecer,
ni existe placer que baste,
la dicha está en el contraste
entre el dolor y el placer.

Hay placer, porque hay dolor,
belleza, porque hay fealdad,
porque hay mentira, hay verdad
y porque hay odio, hay amor.

Quien á enfermar no es propicio,
no halla goce en la salud;
se idolatra la virtud
porque se aborrece el vicio;
y el mismo Dios, si á Él apelo,
confirma lo que hoy difundo:

¡Dios hizo, sin duda, el mundo,
porque se cansó del cielo!

Ya ves que te he demostrado
que existe y tiene raíz,
y que para ser feliz,
es fuerza ser desgraciado.

¿Qué en eso está la maldad?
¡No tal! ¡Ahí está la gracia!
¡Pues si no hubiera desgracia,
no hubiera felicidad!

Te amo, sin que mi alma sienta
de la duda el dardo odioso,
y eso es muy soso, muy soso. . . .
¡Soy más feliz de la cuenta!

Si has de amarme, has de fingir
de vez en cuando, no amar,
que más habré de gozar
cuando deje de sufrir.

Que eso es lo que nunca hastía,
y eso es la dicha mayor,
porque tal es el amor
y tal la vida, hija mía.

Si tal haces, mi alma entera
á tus piés he de rendir. . . .
¡Vamos, hija! ¡Hazme sufrir
un poquitico siquiera!

FRANCO DEL TODO.

Enriqueta Faber

ENSAYO DE NOVELA HISTÓRICA, POR ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ

Por extraño que parezca, es un hecho real y verdadero que existió la heroína de esta novela, casada, madre y viuda como mujer, luego médico y marido como hombre, y al fin víctima de fanática injusticia, reclusa como criminal, religiosa y mártir; un problema viviente, no bien claro á la consideración de las sociedades modernas, no comprendido en su tiempo.

El Sr. ANDRÉS CLEMENTE VÁZQUEZ, pudiendo haber aprovechado ese singularísimo tipo con sus raras aventuras para hacer una novela de mera sensación y enredo, lo ha utilizado para un estudio sociológico en pró de los derechos de la mujer, desplegando para ello su grande ilustración de jurista y sus avanzadas ideas filosóficas, al par que una erudición poco común.

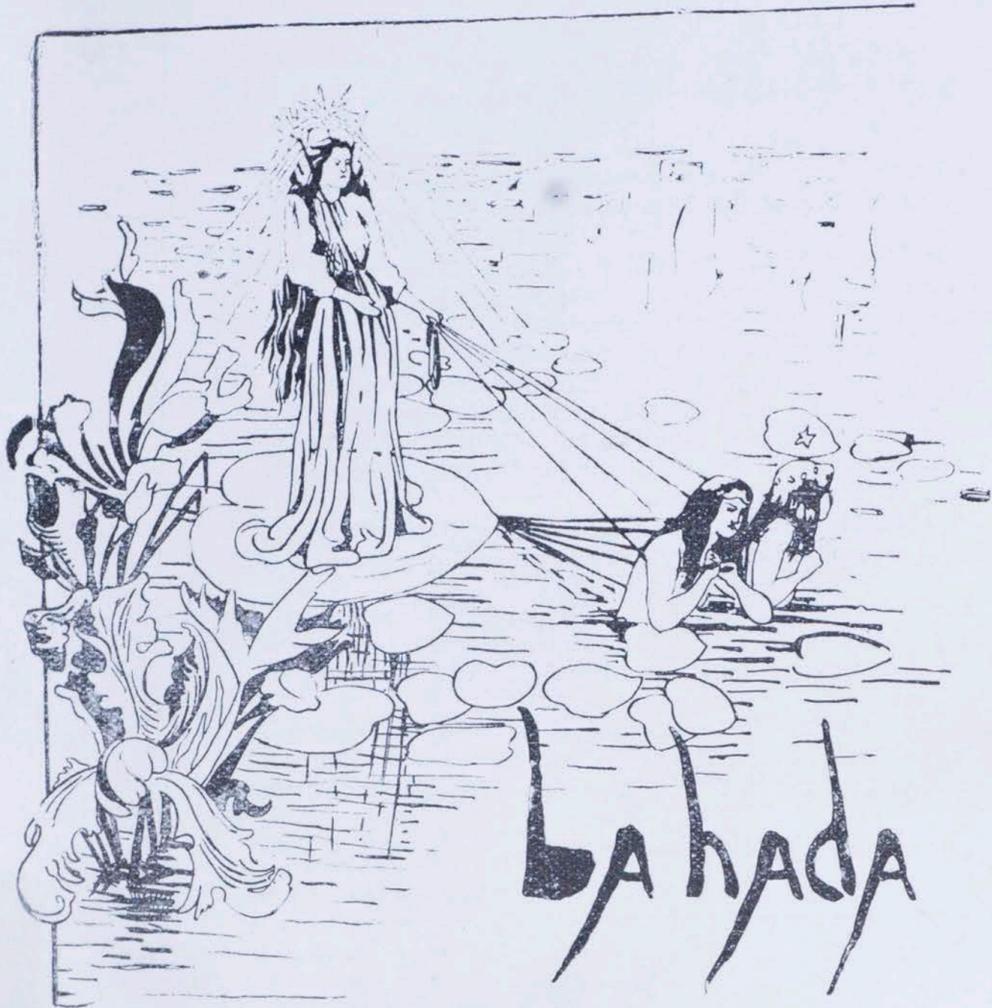
Decir todo lo que esta obra abarca, sería difícil en pocas líneas. Acaso la misma abundancia de asuntos que aborda, pu-

diera ser tachada como capital defecto; pero á esa objeción de la crítica se anticipa el autor cuando advierte que su trabajo no es otra cosa que un estudio dedicado á los jóvenes principiantes, á quienes explica sucesos históricos de trascendencia, describe costumbres de la vida cubana en épocas remotas, y desarrolla teorías de importancia, sobre las cuales se discute hoy y se constituye el moderno derecho humano. ■

En nuestro concepto, ENRIQUETA FABER es un libro interesante, que se lee con agrado, que entretiene y apasiona. El autor puede haber sido demasiado indulgente para con su heroína, pero recuérdese que Dumas no lo fué menos con las suyas, aunque de ello se resintiese la historia. La moral, en la novela, usa casi siempre la manga ancha.

N. BOLET PERAZA.





UNA noche de marzo volvíamos de cazar codornices, y mientras caminábamos mirados por las estrellas, evocábamos recuerdos de infancia. Nos pusimos a hablar del encanto de los cuentos de nodriza y de la vitalidad de las tradiciones populares.

—Yo—dijo el amigo Tristán—he sido educado en el mundo de lo maravilloso y los cuentos de Perrault fueron mi primera lectura. Sin embargo no creía en los fantasmas, ni en las hadas encantadoras de que me hablaban los tratados de mitología.

—Y—por asombroso que pueda pareceros—llegó, en plena juventud el día en que cambiara por completo de ideas.

—Volvía de andar a través de las monañas y ganaba, llegada la noche, la orilla de uno de los más bellos lagos de la Saboya. Erraba a lo largo de los ribazos, buscando un lecho, y como en aquel país poco frecuentado no hay muchas posadas, me preguntaba si no iba a estar obligado a alojarme al raso.....

Pero esa perspectiva me inquietaba poco. La noche era cálida y luminosa; una verdadera noche de magas... Bajo la influencia de aquella noche estuve tentado de evocar la Hada, suplicándole edificase, con un golpe de su varilla mágica, un lecho donde yo pudiese reposar sin abandonar las orillas de aquel lago adorable.

—De pronto, en el momento en que las quimeras tomaban posesión de mi cerebro, hubo bajo los sauces un fresco embate, y a la claridad de la luna vi surgir, en la superficie del agua diamantina, una cabeza juvenil de cabellos destrenzados; luego, dos hombros blancos, y en fin, un seno redondo medio velado... Tuve un deslumbramiento; mis párpados latieron como si hubieran sido cegados por un rayo de sol demasiado ardiente. Durante ese tiempo, la mujer que se bañaba había salido del agua y desaparecido.

Al cabo de algunos minutos, la vi salir de la espesura, vestida con un túnico de lana blanca en pliegues muy amplios. Dejaba flotar sus cabellos sobre la espalda (para secarlos, sin duda) y la claridad de la luna la iluminaba de pies a cabeza.

—En su cualidad de hada leyó lo que pasaba en mi foro interno y comprendió lo que me pasaba.

—«Desciendo de la montaña»—le dije—«y seguía esta orilla buscando una hostería.»

—«No hay posadas de este lado»—respondió ella con un imperceptible acento exótico—«pero vuelve atrás por el mismo camino. A cien pasos de aquí hallarás un parque... Llama a la puerta y pide que te preparen un lecho para esta noche... Si te objetan algo, añadirás lo siguiente: «Vengo de parte de la princesa. Esto sólo será bastante...»

—Me indicó la dirección del parque, con una señal de su mano y se hundió lentamente entre los árboles mientras le daba las gracias.

—Aun maravillado de aquella aventura, seguí las indicaciones de la hada y llegué a una ancha verja que tenía entreabierta una de las hojas. Vi la quinta a la que una soberbia *glycina* enroscada en las galerías delgadas como husos: una luz brillaba en los vidrios de las ventanas del piso bajo. Llamé a la verja. Una aldeana vieja me abrió y acogió al principio una negativa mi solicitud, pero cuando hube pronunciado las palabras cabalísticas: «Vengo de parte de la Princesa.» la corta frase produjo el efecto de Sésamo: Abrete.



Estaba estupefacto. Me encontré instalado en un precioso gabinete ricamente amueblado.

—«Salí de mi contemplación por el ruido de una puerta; me volví y me hallé en presencia de una linda y grácil camarera, que traía una cesta cubierta por una servilleta. Haciéndome una corta reverencia me dijo en italiano que la Princesa, suponiendo que debía morir de hambre, me enviaba algo que cenar. La supliqué diera las gracias en mi nombre a su señora, cuyo nombre pregunté.

—«La Princesa Tremelli.»

—«Habita esa quinta?»

—«Sí signor.»

—«No está casada?»

—«La criada me respondió sólo con una carcajada, y me hizo otra reverencia.»

Al día siguiente pensé que debía dar las gracias a la misteriosa princesa y a mi solicitud contestó invitándome a almorzar.

Antes de terminar el almuerzo, estaba completamente fascinado y no pensaba más que en imaginar algo para quedarme al lado de ella. Pareció leer en mi pensamiento, y me dijo con su melodioso ceceo veneciano:

—«Puesto que este país le agrada, porque no se queda aquí más tiempo? La quinta está a su disposición. La Josette, que cocina muy bien, le preparará las comidas... Y a mí me agrada mucho verle; me encontrará todas las tardes en casa, excepto los sábados.»

—«Acepté, gozoso, su proposición. Desde aquella mañana de julio fui su huésped y su visitante asiduo. Estaba completamente enamorado de la princesa y ella lo comprendía perfectamente. Me dejaba, sin escrúpulo alguno, galantearla, y sin embargo, sabía contenerme en los límites de una ternura casi platónica.

—«Aquel sábado que se reservaba ella para sí y que completaba su parecido con la hada Muselina me causaba un secreto despecho, al mismo tiempo que excitaba en mí una curiosidad llena de celos. ¿En qué podía ella, pues, emplear ese día de ilusión y qué filtros misteriosos preparaba?... A la larga, no pude más, y resolví aclarar aquel misterio. Un sábado por la noche, tomé una barca, y abordé, silenciosamente, al pie de las terrazas de la quinta. Una escalera conducía del ribazo a una de esas terrazas y permitía llegar a los departamentos del piso bajo, sin ser visto de los criados.

Un ruido de voces me guió hacia un *boudoir* separado de aquella primera habitación por una tapicería. Levanté audazmente la *portière* y me quedé como clavado al dintel, tanto por lo inesperado del espectáculo como por la mirada colérica de la Princesa.

—«Ante un velador cargado de botellas de licores, se hallaba, indolentemente reclinado sobre los cojines de un diván, un hombre grueso, joven todavía, de bigotes y cabellos demasiado negros, de dedos cargados de sortijas, de fisonomía vulgar y de ojos redondos, poco inteligentes. Sentada familiarmente a su lado, Muselina en persona, estaba a punto de prepararle un *grog*.

—«¡Perdón!»—balbució asombrado.

—«La Princesa había recobrado su aplomo, y fruncía sus delgadas cejas.

—«¡Pero entre!»—dijo con un acento irónico. Y presentándome a aquel personaje que parecía un tenor de café-concierto, añadí:



—«El príncipe Tremelli.»

—«Siento muchísimo haberla molestado, Princesa»—repliqué, súbitamente repuesto;—«pienso partir mañana y no quería alejarme, sin darle gracias por su hospitalidad...»

—«Saludé y salí consternado. Sentía un desencanto y una tristeza semejantes a los que habían declarado que no había hadas. El parque se me parecía odioso; el lago, lastimosamente descolorido. La aparición del vulgar y problemático esposo de la princesa Tremelli, había roto el encanto. Me sentía abandonado en un desierto prosaico, y me repetía, como en otra época:

—«El hada se ha ido!...»

—En primer lugar, querido—dijo uno de los compañeros—hubieras debido acordarte de la fábula de Psiquis... A las divinidades no les gusta que las importunen... Tú has hecho lo que los niños que quieren coger una mariposa, no la cogen, y miran apenados sus dedos, teñidos del polvo azul del insecto, que ha volado... En segundo lugar, te engañas; la Hada no se ha ido, porque el mundo no puede prescindir de ella. Sólo que no aparece más que a ciertas horas, y preferentemente, a los que han conservado, sin la cual la vida no es más que una landa monótona; esa maga que da a la tierra su poesía, su color y su perfume, es, pura y simplemente, la eterna y necesaria Ilusión!

Traducido por el Conde Koshia.

ANDRÉ THEURIET.

El primer Hispazo

A DELIA

Él era un chicuelo de diez y seis años, fornido, elegante, de rostro simpático, pelo negro, trigueño y con cierto aire de candidez que predisponía á su favor.

Aquel año había terminado sus estudios de bachiller en un colegio de provincias, y cargado de ilusiones, lleno de buena voluntad y con ansias de ser un *gran hombre*, empezó repleto de alegría sus estudios de abogado en nuestra antigua Universidad Pontificia.

Ella era un botón de rosa que vino desde el Paraiso á germinar en esta tierra habanera, para envidia de los angeles y admiración de los hombres. . . . El ideal purísimo de la belleza más perfecta envuelta en la escultura de una virgencita criolla de pelo rubio y ojos negros, tez sonrosada, cintura flexible como las hojas de las palmeras y andares ligeritos como los vuelos del colibrí.

Ella tenía catorce años. . . . ¡Una monería!

El la conoció en uno de los bailes de nuestras sociedades de recreo. Y como si un vértigo especial se hubiese apoderado de la razón de los dos, ambos al verse por primera vez, sintieron en el alma un placer indefinible, algo así como una corriente poderosa de simpatías inexplicables, que comenzó por darles á sus rostros el tinte encarnado de la sangre en ebullición, y terminó, casi á un mismo tiempo, entre arpegios y modulaciones que embriagaron sus existencias, con una explosión de verdadero amor.

El la adoraba con todo el calor de su alma.

Ella le quería con toda la espontaneidad de su virginal inocencia.

En sus horas de estudio, después de darle un vistazo al Digesto y las Pandectas, él, como el férvido cenobita, con los brazos apoyados en su sencilla mesa de estudiante, dejaba volar su ardiente imaginación de poeta veheméntísimo, en nubes de romanticismo y olimpos de glorias, fabricando versos mal contruidos, pero cuajados de sentimientos, de aquel misterioso éxtasis que sentía emanar desde el fondo de su alma, como una temperatura de perfumes exquisitos que empiezan por ser imper-

ceptibles y terminan por la hipnótica embriaguez de los sentidos. . . .

Refugiada en su lindo cuartito de niña hermosa, como los pistilos en el caliz de la flor, entreteníase ella en escribir sobre el blanco papel de un cuadernillo elegante, y en letras diminutas como patitas de moscas y garabatos encantadores, las inocentes impresiones de su alma; y á ratos perdidos, robados al descanso de su cuerpecito de diosa, extasiábase ante la fotografía de su novio, como allá en el infinito cielo de las apocalípticas glorias cantan los ángeles en sinfónicos coros de alabanzas, la excelsa omnipotencia del Dios del universo. . . .

El era el sabicú, la fuerza del Nirvana; ella la tojosa, la belleza del Veda; él la libertad, la razón que domina; ella la consecuencia, que es la prudencia que temple; él era el árbol, ella la flor; él el perfume; ella la esencia.

Pero llegó un día infame, un día terrible en que el interés inmundo del deseo se impuso á los cariñosos éxtasis del amor.

El, impregnado de cierta miscelánea materialista adquirida en las aulas universitarias, intentó arrancarle un girón de su honra entre la forma poética de un óscuro. . . . y ella, vacilante, desvanecida, accedió á las incitantes súplicas de su imponderable cariño, pero descorrido el velo ignorado de su purísima inocencia, como la sensitiva al contacto de manos impuras, replegó todo su amor en el fondo de su alma y ante el recuerdo imborrable de aquella levísima falta, de sus lindísimos ojos rodaron por su hermosa cara de virgen cubana, dos diminutas perlititas en forma de lágrimas, dos poemas de sentimientos, dos idilios de dolor!

El se desesperó, y como el Adima de la leyenda brahmánica pidió perdón. . . . y le fué concedido. . . . ¡Ah, pero el interés desconocido dejó de ser ignorado; ella, la gentil criolla de cintura flexible como las hojas de las palmeras, había llorado. . . . "Y las lágrimas de las mujeres atraen el fuego celeste sobre aquellos que las hacen derramar."

Cárcel de la Habana, 15 Enero 1895.

JUAN JOSE CAÑARTE.

Album femenino

Srta. Mercedes Fernández Blanco



*La flor al verla sonrie
diciéndose:—esta es mi hermana,
porque ostenta en sus mejillas
los tintes que me engalanan.*

*La luz con ardientes besos
cubre su frente, y exclama:
—me adora, porque en sus ojos
recoje todas mis llamas.*

*El ave acorta su vuelo
suspirando mientras canta:
—me prefiere, porque imita
mi voz armoniosa y blanda.—*

*Mas la divina Pureza
se detiene á contemplarla
y tiernamente murmura:
—á mí sola es á quien ama,
pues para gozo del Cielo
me lleva siempre eu el alma.—*

MERCEDES MATAMOROS



CRONICA

DEL baile celebrado el miércoles en los salones del Casino ya se ha hablado lo suficiente en la crónica diaria para que yo me encuentre autorizado á eximirme de toda descripción.

Traigo el tema únicamente á este sitio para hacer una indicación á la directiva que preside el bien estimado caballero D. Francisco de los Santos Guzmán.

La indicación es una medida de conveniencia que el Casino debía adoptar organizando el programa de las piezas bailables en forma distinta á la del baile anterior.

En ese programa hay diez y ocho piezas: de ellas, cinco de cuadros, seis valsos (del país y straus), una mazurka y una polka. Danzones no hay más que cinco, y este número es corto, excesivamente corto, habituados como estaban todos los socios del Casino desde antiguo, á que siempre figurasen en el programa ocho danzas.

En lugar de tantas piezas de cuadro y tantos valsos, tenga la seguridad la comisión organizadora de que se vería con más agrado la sustitución de unas y de otros por lo que es propiamente el baile del país.

No es una iniciativa particular—carente siempre de importancia si es tan humilde como la mía. Es la indicación que en tal sentido hago á la amable directiva del Casino el cumplimiento de una misión que personalmente me ha sido confiada por graciosas señoritas que esperan hoy ser complacidas en EL FIGARO, y que aguardan á los futuros bailes del Casino Español para verse igualmente complacidas.

El Habana Yacht Club ha elegido nueva directiva.

Al puesto de comodoro ha sido elevado el Sr. Carlos Carbonell, mi estimado y muy simpático amigo.

El Sr. Carbonell es una de las personas más salientes de la distinguida sociedad enclavada en la playa de Marianao. Su yacht—el Clío—es la embarcación más gloriosa de la flotilla del club: ha triunfado en infinidad de regatas con otros yachts de condiciones tan excelentes como el Gloria de Prendes—el Yara de Iznaga,—el Colombia de Will—y el antiguo Cuba, aquella hermosa goleta de recreo que pereció en el temporal del año 88.

Carbonell ya ha pasado otra vez por la presidencia del Club, siempre con acierto y siempre con beneplácito.

La obra de fomento y embellecimiento del Yacht Club—obra emprendida por Alberto Will—era necesario, para completarla, el concurso de una inteligencia y de una voluntad.

En aquel centro, esas inteligencias y esas voluntades están representadas por personalidades tan simpáticas como Carbonell, Iznaga, Will, Mac Lean, Sola, Perkins, Freyre, Centellas, Springer, García Castro, Moner y algunos más entre ese elemento joven de los Ruiloba, Mayoz, Collazo, Gálvez Guillén y Torriente, todos entusiastas y todos ostentando páginas de servicios en los diferentes comités.

La elección de Carlos Carbonell ha venido á ser, por todas las razones antedichas, lo que era natural que fuese: muy plausible y muy aplaudida.

La fiesta que para el lunes ha organizado Ramiro Mazorra atraerá gran concurrencia al teatro de Tacón.

El programa tiene alicientes poderosos. Entre otros, será grato una vez más para la sociedad habanera oír á Mary D'Arneiro. La joven vizcondesa, la celebrada cantante tan aplaudida en la temporada de ópera, cantará la deliciosa "aria de las joyas" de Fausto.

Otra artista, la señora Caridad Herrera de Hernández, figura en el programa. La que además de artista, es una dama distinguidísima, cantará en unión de Ramiro Mazorra el bello duo del primer acto de Favorita.

Para complemento del atractivo musical de esta fiesta, baste decir que tomará parte en ella el genial, el inspiradísimo pianista Ignacio Cervantes.



SEÑOR RAFAEL PADRÓ

Hoy engalanamos la Crónica con el retrato del correcto y acaudalado caballero señor Padró, organizador de la espléndida gira verificada en Matanzas el domingo 6 del actual. Por su amabilidad y delicadas atenciones, ha merecido el señor Padró la general consideración y simpatía de la buena sociedad matancera.

* MATANCERAS

Para EL FIGARO.

El martes, primer día de moda de la compañía Roncoroni, se puso en escena, ante una selecta y numerosa concurrencia, el drama en cinco actos titulado *El duelo*, traducido al castellano por los señores L. Infante Palacios y Luis Roncoroni.

Nada diré de la bella producción italiana, por que sería repetir lo que ya han dicho los que, con más aptitudes que yo, se han ocupado de analizarla. Solo me permito exclamar con Peza:

¡Nos logró usted cautivar!
¡Qué escenas! ¡Conmoveras!
En los palcos las señoras
Se pusieron á llorar!

Respecto á su interpretación, nada dejó que desear. En el primer acto, Castillo hizo un caballero Calotti, inmejorable; en el segundo, la señorita Neninger estuvo á gran altura, y la señora Sala y Roncoroni recibieron nutridos y justísimos aplausos al terminar el precioso diálogo; en el tercero, el público, rindiendo digno tributo al actor italiano, lo llamó tres veces á la escena, así como al Sr. Infante Palacios: en este acto, y en el último, demostró una vez más Roncoroni, que es actor de primera fuerza; en el cuarto, el Sr. Alcón estuvo muy feliz cuando se despidió de Emilia, para marcharse al duelo, y por último, en el quinto acto, los señores Roncoroni y Palacios fueron llamados por dos veces á la escena en medio de estruendosas palmadas.

Terminó la función con la chistosa pieza en un acto *Otra Lucrecia Borgia*, del señor Infante Palacios, desempeñada por la señorita Solís, y los señores Castillo y Sargo, siendo todos muy aplaudidos.

Embellécian la platea las simpáticas y graciosas señoritas Prats, María Cuesta, María D. Serrate, Alvarez Ulmo, Riera, Andux, Estorino, Minguez, Boissier, Vidal, Romero, María Añate, Engracia Luque, Julia Pollo, y Jarel..... La enhorabuena á los simpáticos artistas, y la más sincera felicitación al coloso Roncoroni.

La junta general de socios del Liceo, no tuvo lugar el domingo próximo pasado, habiéndose transferido para el domingo 23; por cuya causa no publicamos la electa candidatura.

Dentro de poco, vendrá al mundo literario una preciosa colección de versos de nuestro querido amigo el dulce poeta B. Byrne.

MARIO.

Una verdadera novedad del programa será la série de asaltos entre profesores y amateurs de esgrima. Con los nombres de Lafourcade, Granados, Carlos Maciá, Ulmo, Campos, Morales, Auja, Reguera, Buisson, Goicura, Agustín Cervantes y Sabater, está engarzado el de Mr. Charles Yhiercelin, el notable maître que se presenta ante el público de la Habana para después pasar, al lado de Emilio Lafourcade, á la dirección de la concurrida Sala-Belot.

Para terminar esta nota, anticipo la agradable noticia de que los palcos para la función en honor del distinguido y muy aventajado joven cantante Ramiro Mazorra, están en manos de las familias más conocidas de nuestra buena sociedad.

Los señores Condes de la Mortera abren sus salones el próximo miércoles.

Esta recepción es esperada en nuestros círculos distinguidos, donde gozan fama merecida las fiestas de aquella hermosa mansión por el sello de elegancia y de refinamiento que revisten todas ellas.

A la recepción de los Condes de la Mortera seguirán inmediatamente la del señor Santos Guzmán—el jueves,—la de los señores generales Callejas—el viernes—y la de los señores generales Arderius—el lunes.

La perspectiva es risueña y animadora.

Esta semana ha fallecido un joven perteneciente á una de las familias más respetables de nuestra sociedad.

Me refiero á Ramón Urbizu y Mendiola á quien una larga, aguda é implacable enfermedad ha llevado á la tumba tronchando en plena juventud los ideales más preciados de su existencia.

Yo deploro la muerte del que fué un buen amigo mío y envío la expresión de mi condolencia á los familiares del infortunado joven.

Entre las lágrimas de unos, el dolor de otros y la queja de todos ha sucumbido Clemencia Chartrand y Gálvez.

Nada más angustioso que abrir una fosa para encerrar en ella el cuerpo de una mujer joven. Hay en ese acto el doliente misterio de todo aquello que perece cuando debía florecer, que se agosta cuando debía brillar, que se rinde, en definitiva, cuando las razones de la naturaleza—no siempre de acuerdo con las razones de la suerte—parecían más deudora de darle su apoyo y de comunicarle su aliento.

Cuando se muere á la edad en que ha muerto Clemencia, los que estaban á su lado, los que la rodeaban en vida y los que la han despedido en muerte, tienen el deber de llorar, de llorar honda y sentidamente, con esas lágrimas dolorosas con que ha salpicado María Luisa Chartrand la tumba de su amadísima y desgraciada hermana.

Tenemos que suplicar á las distinguidas señoritas Lolita Ayilajos y Esther Perez del Castillo, nos dispensen por la distracción cometida, en el número del domingo, trocando sus nombres al colocarlos al pie de sus encantadores retratos. Por fortuna son ambas tan interesantes y bellas, y son tan buenas amigas, que habrán sin duda celebrado el lapsus con la sonrisa en los labios.

¡Saben á gloria! Si que lo saben, por lo deliciosas, las frutas extraídas que importa la casa de Coca, de la calle de O'Reilly.

La variedad es asombrosa y—lo dicho—una lata de fresas, pongo por caso, dan ganas de chuparse los dedos de gusto.

Mario García Kohly, mi bueno y queridísimo compañero, el joven y brillante cronista tan celebrado en los salones, ha regresado de su excursión á Méjico, desde donde ha remitido al periódico *La Discusión* muchas y muy amenas, galanas é interesantes correspondencias.

La vuelta de Mario me alegra vivamente. Es la reanudación de una compañía leal, franca y cariñosa.

MEFISTOFELLES.



PUNTILLAS



CUENOS pesos se había gastado D. Próspero en publicar sus obras; mas, viendo que no conseguía vender un solo ejemplar, formó con ellos una nutrida biblioteca. Allí pasaba largas horas echando miradas melancólicas á sus libros despreciados por el público.

—¡Hijos míos,—decía contemplándolos amorosamente—qué será de vosotros el día en que yo muera!

—He perdido la esperanza de encontrarme con el misántropo D. Policarpo. ¿Cómo me las arreglaré para verle en su casa?

- No lo intentes, no te recibirá.
- Buscaré una recomendación.
- No se molestaría en abrirte la puerta.
- Iré provisto de una gansúa.
- Todo sería inútil: vive encerrado como un molusco.
- ¿Cómo un molusco? ¡Ah, entonces llevaré un abridor de ostras!

Fué muy bella, escultural, y apasionada como ninguna. Cuando, á los veinte años, la sorprendió la muerte, sus numerosos amigos y admiradores determinaron que los funerales se celebrasen con inusitada pompa. No hubo discusión; todos, á una, convinieron en que el cadáver debía ser expuesto en *capilla ardiente*.

¡Verdad que Juana era una mujer de fuego!

—¡Compadezco á mi hija!—exclamaba el ricacho de Pérez.
—¿Qué le pasa?—le preguntaron, á un tiempo, varios amigos.
—Pues, nada,—añadió Pérez,—al casarse me suplicó le pasase seis onzas de mesada. La he complacido, y hoy me escribe diciéndome que no le alcanzan. ¡Pobrecilla, debe estar hecha un erizo! ¡Figúrense ustedes que esa cantidad me la había pedido para *alfileres*!

—¡Ay, amigo, qué desgracia la mía! Soy un padre de familia que ha perdido la fuerza moral entre los suyos: me vuelvo loco, nadie me obedece en mi casa. Quisiera llevar á ella una persona de respeto, que, indirectamente, procurase aunar voluntades y suavizar asperezas.

—Esté V. tranquilo, yo le presentaré un señor muy propio para el caso, es un templador....

- ¿De pianos?
- De pianos nó, de.... *gaitas*.



* Margot *

*Vedla! Es una alborada!
Su tez, la luz nacarada;
sus lábios, los toques rojos,
y el sol que nace, sus ojos
de dulcísima mirada.*

*Margot: cuan dulces le son,
siendo para tus encantos
sus palmas, al corazón
que va dejando en sus cantos
girones de su ilusión.*

*Fú, que no me has de premiar
con engañador lialago
mis frases al escuchar,
quizá con ellas, en pago
de mi afán, rompas á hablar.*

*Y para que, luego, no
tu edad publiqué, indiscreto,
lo que mi mano escribió
rompe estos versos que yo
juro guardarte el secreto!*

Enero, 95. FERNÁN SÁNCHEZ.

El criado abre la puerta y aparece un caballero.

- Papá, ahí está D. León, el antropófago!
- ¿Qué es eso de antropófago, chiquillo?—le dice el padre sorprendido.
- Sí, hombre, responde Pepito, ¿no decias el otro día que D. León se había *tragado* á un amigo tuyo?

Tan descomedido é insolente estuvo una mañana el famoso usurero don Matías con uno de sus parroquianos, que éste le dejó frío de un garrotazo.

Fué detenido y procesado el matador, y el día en que se efectuaba la vista de la causa, su abogado, en un arranque de elocuencia decía:

—¡Cierto, muy cierto, que mi defendido ha dado muerte á un hombre, pero, tened en cuenta que ese hombre era el Rey de los *judíos*!

—Lo comprendo, si señor, V. que ha estado en tan buena posición, usted debe sufrir atrozmente al recordar su pasado.

—Tiene V. razón; pero, no es ahora mi pasado lo que me preocupa, sino mi *pasivo*.

—Caballero: ha llegado el momento de que V. me sirva....

- Pero ¿quién es V.?
- Yo soy el que le levantó á V. del suelo la tarde en que le tiró el caballo. ¿No me reconoce V.?
- ¡Imposible, si el golpe me hizo perder el conocimiento!

—Hombre, Juanón, ya eso es demasiado, vas dando tumbos por la calle!

- Será la última copa! ...
- No volverás tomar?
- No digo eso, digo, que será la última copa... la que me ha puesto así...

—¡Ah, si yo pudiera, decía anoche el gastrónomo D. Lucas, si yo pudiera tener en mi casa una buena cocina, un gran comedor y el mejor cocinero de París... eso sería para mí....

—El cielo, le interrumpió un amigo.

—Si, respondió D. Lucas, el *cielo de la boca*.

—¡Hola, con que te has casado, Pancho!

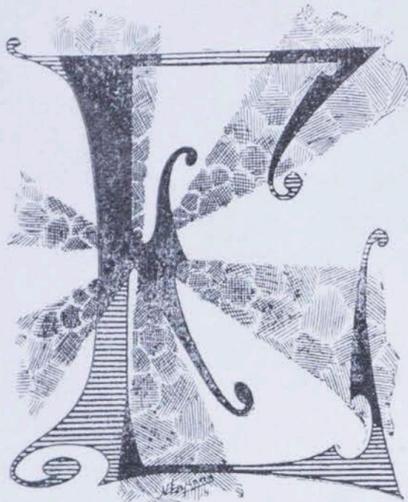
- Si, y nada menos que con una doctora en Farmacia.
- Y ¿qué tal te ha salido tu mujer?
- ¡Una cataplasma, chico!

M. REMO.



CHACHARAS

Expresamente para "EL FIGARO"



Una chica muy resuelta. Diríase, sino fuera tan bella, tan menuda y tan graciosa que es un hombre con faldas.

Acaba de meter en cintura nada menos que á dos poderosas empresas teatrales.

Hablo de una tiple de zarzuela, de Matilde Pretel, aquella tiple que hizo una verdadera creación de *Mis Helvette*.

Y es el caso que la susodicha cantante andaba por Barcelona, con la empresa Elías cuando llegó la empresa Eslava y la contrató para este invierno en Madrid.

Pero Matilde, que no se casa con nadie, como suele decirse, y que en punto á caprichos le da quince y raya á la misma Sarah Bernhardt, que ya es dar, se arrepintió á poco de firmar la contrata y dijo que no se iba con Eslava, porque le gustaba más Elías.

—Pues para que no le guste más el otro—dijo Eslava—ahora va doña Matilde á los tribunales, nombrando para este caso de "terrible" acusación al distinguido criminalista Diaz Valero.

La actriz no quiso ser menos que su reclamante y nombró defensor al afamado autor de *La Dolores* señor Feliú y Codina.

Y aquí fue el conflicto: Feliú dijo que la empresa Elías tenía derecho á la posesión de la tiple y Diaz Valero alegaba que eso de la posesión de una persona no era posible entre los límites del derecho.

—Pues entonces el señor de Eslava que se quede con la Matilde y nosotros nos quedaremos con la Pretel.

—Y eso cómo es?

—Eso es que ustedes se quedan con la mujer y nosotros con sus condiciones artísticas.

Y de ahí no salían los dos ilustres abogados hasta que terció el juez y arrancándose por lo flamenco se encaró con el representante de Eslava, para decirle como el valiente de *La verbena*:

—Oye tú, representante de Elías, cuando esta Empresa contrató á la Matilde supo comprimirse?

—¡Algunas veces!

—Y tú, el de Eslava, cuando contratásteis á la chica pensábais comprimirnos?

—Según cayeran las pesas.

—Pues yo que no he sabido nunca comprimirme, porque las tiples de zarzuela no me han dao motivos pa comprimirme, digo y repito, que la empresa que en este caso de la Pretel no sepa comprimirse, es una empresa irracional, mayormente.

Eso es; por lo que vengo en decretar que este juicio artístico se suspenda hasta que haya... un tercero en discordia.

Así ha terminado una causa que prometía ser escandalosa y

la cual le venía á Matilde Pretel como de perlas, para afirmar su nombre de *divette* incomparable en el cielo del arte español con ribetes de francés.

Pero nada, nada ha pasado y la simpática amiga del público madrileño y mía en particular ha quedado en una triste posición entre las dos empresas; en la posición de aquel que se sienta de golpe entre dos sillas y no se sienta en ninguna.

* * *

No sé á qué sabio francés, que no era ningún Newton en punto á problemas difíciles, ni mucho menos un Colón en materia de descubrimientos, se le hizo cuesta arriba el problema ó descubrimiento, ó lo que sea, de *la caída de los gatos*; pero como en clase de sabios no hay nada más empedernido que el científico, se llevó el asunto á la Academia de Ciencias de París y allí se armó la gran discusión, cuyos resultados fueron unos verdaderos fracasos á las primeras de cambio, es decir, á las primeras pruebas. Por eso decidieron echarse por esos mundos en persecución de los "felinos" cuadrúpedos. Así, cuando un académico se encuentra con uno de los susodichos animalitos trata de cogerlo y lanzarlo al espacio con el muy santo propósito de estudiar en sus volteretas los porqués de la caída de pie.

Sucede á veces que el animalito conoce la intención del sabio y la da por correr á escape; y entonces es de ver los apuros que pasan los pobres señores echando el hígado.

—¡Ay! ¡si te llego á coger!—exclaman en medio de su desafiada carrera—¡Ay! si te cojo; pero los gatos ¡que si quieres! cuando no van á escape se encaraman, en alguna chimenea, y no será extraño que cualquier día un periódico parisiense venga dándonos detalles de *la caída* no de un gato, sino de *la caída de cabeza* que sufrió un académico por querer atrapar á un minino en una azotea.

Esta loca afición gatuna de los académicos franceses, me recuerda mis buenos tiempos de colegio, cuando yo solía divertirme tirando gatos por el aire.

—Para nada bueno has venido *tu* al mundo—me decía mi maestro, aplicándome un furioso moquete, sin comprender que yo me adelantaba á mi siglo estudiando también *la caída de los gatos*.

La verdad es que el problema este va á dar juego.

Háblase ya de hacer una gran recogida de gatos con objeto de encontrar siquiera uno que no caiga de pie; pero esta opinión ya tiene sus opositoristas, pues hay quien afirme á pie juntillas que como el gato tiene pacto, parentesco y combinaciones con el diablo, la legión de gatos se va trocar en una legión de demonios y ¡quién sabe!

Pero es lo que algunos académicos dicen: ó caen los gatos sobre todo el cuerpo y se prueba que no hay tal parentesco; ó caen de pie, y entonces nos caemos. . . . todos de un nido.

Lo cual me parece una verdad como un templo.

Madrid, 1895.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Los regalos de "El Figaro"

El magnífico juego de sala, estilo Luis XIV, que rifamos entre nuestros suscriptores por el sorteo de la lotería de esta Isla correspondiente al día 22 del actual, ha tocado en suerte al suscriptor D. Francisco Palacios Curry, vecino de Managua, á quien se le ha hecho entrega de los muebles, á su satisfacción.

Ya hemos dispuesto el nuevo regalo que consistirá en un espléndido escaparaté de nogal, de gran tamaño, con preciosas molduras y artístico remate, fabricado en el país. En sus hojas ostenta dos grandes espejos de lunas biceladas. Es un mueble de exquisito gusto que acredita á la gran casa de Borbolla, donde ha sido adquirido y digno bajo todos conceptos de nuestros favorecedores.

Al presente número acompaña el 10º de *Gran Moda*, que como verán nuestros lectores, ha introducido importantes mejoras tanto en sus condiciones tipográficas como en su lectura é ilustraciones, cada vez más interesantes. Estas reformas de *Gran Moda* se completarán con un magnífico figurín impreso, expresamente, en París, á veinte tintas, que recibirán ya nuestros abonadas desde el número correspondiente á la primera quincena de Febrero próximo.

